

favorable á aquella esclarecida familia. Logró, pues, con esto que se le mantuvieran fieles los que se le habian adherido cuando comenzó á pregonar la primera parte de la fábula. Mas un suceso fatídico vino á su vez á turbar la imaginacion supersticiosa del emir. Su hijo Abed estaba casado con una hermana de Mogueiz el rey de Denia, y de este matrimonio nació en 1041 un niño de quien auguraron los astrólogos que al fin de sus dias y cuando su fortuna se hallase en el plenilunio de la prosperidad se eclipsaría totalmente. Al oír Ebn Abed que su nieto estaba sometido á las adversidades de un fatalismo irresistible, devoróle la pesadumbre de saber lo poco duradera que habria de ser su dinastía. Consumióle una enfermedad de melancolía, y al poco tiempo la muerte, dice la crónica, le trasladó de los alcázares de Sevilla á los del Paraiso (1042).

Sucedióle su hijo Abed llamado Al Motadhi, príncipe de buen personal y de agudo ingenio, pero cruel y por demas voluptuoso. Dícese de él que en tiempo de su padre entretenia en su harem hasta setenta lindas esclavas compradas á precio de oro en diferentes paises, y que dueño del trono aumentó el número hasta ochocientas. Al propio tiempo hacia servir á sus cortesanos bebidas dulces en tazas guarnecidas de oro y pedrería formadas de cráneos de los principales personajes cuyas cabezas habian derribado el alfanje de su padre y el suyo, entre los cuales se contaba el

del califa Yahia ben Alí. Este hombre feroz y disoluto era ademas censurado de impío, porque en los veinte y cinco castillos de sus dominios solo hizo una mezquita y un púlpito, y en las comidas y bebidas no era tampoco mas guardador de la ley del Coran. Hizo Al Motadhi de nuevo la guerra á los emires de Málaga, Granada y Carmona, y logrando ganar á su partido á Mohammed el de Algeciras, éste, aunque primo de Edris II. el de Málaga, á la cabeza de sus negros mercenarios acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Sublevóse en favor de su legítimo rey el pueblo de Málaga, los negros del de Algeciras ó capitularon ó se fugaron descolgándose por el muro, y abandonado Mohammed se rindió á discrecion. Edris tuvo la generosidad de perdonarle la vida contentándose con desterrarle á Larache. Perdióle aquella misma elemencia, porque Mohammed, nunca arrepentido, siguió desde el destierro el hilo de sus tramas, volvió sobre Málaga, conmovió el pueblo, y destronó á Edris, que murió ya viejo en una prision.

El de Toledo que veia sus campiñas taladas por las tropas del de Córdoba, escribió á su yerno Abdelmelik, hijo del rey de Valencia Abdelaziz, y al walí de Cuenca Abu Ahmer para que levantasen gente y le acudiesen con ella. Para quedar mas desembarazado hizo treguas con los cristianos de Castilla y Galicia. Hacho esto, entróse con poderosa hueste por

las tierras del de Córdoba, tomóle muchas fortalezas, y convencido Ben Gehwar de que no podía resistir solo á tan terrible adversario solicitó por su parte la alianza y ayuda de Al Motadhi el de Sevilla y de Mohammed ben Al Afthas el de Algarbe. En uno y otro halló la proposicion benévola acogida, y por medio de sus respectivos vazzires reunidos en Sevilla, despues de una madura discusión á que asistieron los arrayaces ó régulos de otros pequeños estados, se estipuló una triple alianza entre los de Sevilla, Córdoba y Algarbe para el mantenimiento y recíproca defensa de la integridad de sus dominios contra los enemigos exteriores, pero sin mezclarse en los asuntos de gobierno interior del estado de cada uno. Sin embargo, no quedaron los de Córdoba y el Algarbe muy satisfechos de los términos del convenio, en el cual salia aventajado el de Sevilla; pero disimularon por entonces porque le necesitaban (1051).

En conformidad á lo pactado auxilió el de Sevilla á Ben Gehwar el de Córdoba con un cuerpo de quinientos ginetes mandados por Ben Omar de Oksonoba, y otro semejante socorro le envió el de Badajoz. Los señores de Huelva, Niebla y Santa María de los Algarbes, desazonados contra el de Sevilla por no haber querido reconocerlos independientes, se ofrecieron á pasar sin su orden al servicio del cordobés; sabido lo cual por Ben Abed el Sevillano, despachó contra ellos á su hijo Mohammed, que sucesivamente

se fué apoderando de los estados y dominios de todos aquellos aspirantes á soberanos. Carmona, aquella ciudad tan codiciada por los Abed, vióse tambien en la triste necesidad de rendírsele, y aunque otra vez pudo su sahib escaparse de noche é interesar de nuevo en su favor á su antiguo aliado el de Málaga, no alcanzó otra cosa que poder fortalecerse en Ecija, única ciudad que le quedaba de su pequeña soberanía.

No intimidó la triple alianza á Ismail Dilnúm el de Toledo: sus huestes continuaron devastando las campiñas de Córdoba, y por último en un sangriento combate que duró un dia entero deshicieron el ejército confederado cerca del rio Algodor, asi llamado por los muchos ardidés y estratagemas que usaron en aquella lid los caudillos de ambas huestes. Golpe fué aquel que difundió la consternacion en Córdoba, é hizo despertar al príncipe Abdelmelik, hijo de Ben Gehwar, hasta entonces distraido en juegos y deleites con los jóvenes de su edad. Avivóle el temor del peligro y corrió á Sevilla á implorar con urgencia mayor socorro de Abed Al Motadhi. Pero este astuto y artificioso emir entretúvole con obsequios, cumplimientos y lisonjas, despidiéndole por último con muchos ofrecimientos y con el escaso auxilio de doscientos caballos. Cuando Abdelmelik llegó á las cercanías de Córdoba, halló ya la ciudad estrechamente cercada por los toledanos. Cortadas las comunicaciones, apretada la plaza, enfermo el rey y consternado

el pueblo, ofreciéronse premios á quien se atreviera á llevar cartas al príncipe Abdelmelik y al rey de Sevilla que era ya su única esperanza. No faltó quien tuviera arrojo para atravesar el campo enemigo, y poner las cartas en manos de los dos personajes. El rey de Sevilla creyó llegada la ocasion oportuna para sus secretos proyectos, y dióse prisa á enviar á su hijo Mohammed y al caudillo Aben Omar con toda la fuerza que pudo reunir de á pie y de á caballo, y con instrucciones de lo que debiera hacerse. Qué instrucciones fuesen estas, nos lo van á demostrar pronto los hechos. Grande fué la actividad que desplegaron los gefes sevillanos y muy bien meditadas las disposiciones que tomaron para el combate. Realizóse éste, y la caballería valenciana auxiliar del de Toledo huyó ante la impetuosa acometida de las lanzas sevillanas y cordobesas. El desórden de aquella desconcertó á los de Toledo, y todos se retiraron despavoridos. Los caballeros de Córdoba no quisieron presenciar inactivos el triunfo de sus favorecedores, y salieron tambien de la ciudad en alcance de los fugitivos.

Aquí comenzó el caudillo Aben Omar de Sevilla á cumplir las instrucciones de su señor. Mientras las tropas vencedoras corrian dando caza á los que huían, y en tanto que los de Córdoba habian salido á recoger los despojos del campo enemigo, Aben Omar, sin que nadie pudiese sospechar de sus intenciones, entróse con sus huestes en Córdoba, ocupó las puertas

y los fuertes, se apoderó del alcázar, y el desgraciado y enfermo Abul Walid Ben Gehwar se encontró custodiado, preso en su propio palacio por una guardia que se habia convertido de auxiliar en señora. Afectóle de tal manera tan inesperada maldad y traicion, que la enfermedad se le agravó rápidamente, y á los pocos dias le condujo al sepulcro. Cuando el príncipe Abdelmelik volvió del alcance y supo la alevosía de los sevillanos que le esperaban ya como enemigos á las puertas de la ciudad para impedirle la entrada, ardiendo en ira vacilaba sobre el partido que deberia tomar, pero sacóle de la incertidumbre la misma caballería sevillana que le rodeó intimándole la rendicion. Determinóse el desesperado príncipe á morir matando, y peleó con heroica bravura, despreciando las ocasiones que tuvo para huir, hasta que herido de muchas lanzadas cayó prisionero. Encerráronle los nuevos poseedores de Córdoba en una torre, donde le acabó la pesadumbre mas que las heridas, y murió maldiciendo á su falso amigo Abed Al Motadhi el de Sevilla, pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual suerte al príncipe su hijo, y oyendo entre los sollozos de la muerte las aclamaciones con que era recibido en Córdoba el rey de Sevilla, el cual á fuerza de mercedes y de fiestas y espectáculos de fieras (1),

(1) Es la primera vez, observa un erudito escritor moderno, que hallamos mencionados en las memorias arábigas los combates de fieras á estilo de los romanos.

con que halagó y entretuvo á los cordobeses, procuró hacerles olvidar la memoria del sábio y benéfico gobierno de los Gehwar, cuya dinastía quedó estinguida juntamente con el reino de Córdoba (1060).

Así acabó la grandeza y la independencia de aquella ciudad insigne, que por mas de tres siglos habia sido la metrópoli del imperio ismaelita, «la madre de los sábios, la antorcha de la fé y la lumbrera de Andalucía,» la córte de los ilustres y poderosos califas, el centro y emporio del comercio, del lujo, de la riqueza y de las artes, y la envidia del Oriente. El rey de Sevilla pudo vanagloriarse del medio que empleó para alzarse con el mas precioso resto del imperio y del califato!

Mientras tales sucesos acontecian en el Mediodía y centro de la España musulmana despues de la caída del imperio Omniada, en la parte oriental ocurrían otros de no menor importancia, y cuyo conocimiento nos es indispensable para la inteligencia de la historia misma de los reinos cristianos, con la cual está íntimamente unido ⁽¹⁾. Al emir de Zaragoza Almondhir el

(1) Para los hechos hasta aquí referidos en el presente capítulo hemos consultado á Conde (part. III. desde el cap. 4 hasta el 5). «Sobre las guerras civiles que siguieron á la caída del califato de Córdoba, dice el ilustrado Romey (tom. V. cap. 22 nota), las mejores noticias, aunque recogidas con poco tino y criterio, se hallan en Conde. Nosotros le hemos seguido

en muchas cosas, sin dejar por eso de consultar el corto número de textos ó fuentes que están á nuestro alcance, tales como Casiri, Al Makari, Ebn Abd el Halim, etc.» Otro tanto hemos hecho nosotros. Mas respecto á los emiratos y dinastías de Zaragoza, Valencia y Almería, etc., á no dudar padeció Conde muchas equivocaciones, y seguimos gene-

Tadjibi, cuyos hechos hemos contado en otro capítulo, sucedió en 1023 su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y fué el que auxilió á Ramiro I. de Aragon, aunque con poca fortuna ⁽¹⁾. Yahia murió en una revolucion que acaeció en Zaragoza en 1039, asesinado por su primo Abdallah ben Hacam, probablemente sobornado por Suleiman ben Hud el de Lérida, que fué el que se alzó con el reino, puesto que el asesino le reconoció por su soberano. Amotinóse el pueblo de Zaragoza contra Abdallah, que tuvo que retirarse al fuerte castillo de Rota 'l-Yeud, llevando consigo todos los tesoros de la familia real. El populacho saqueó el palacio arrancando hasta los mármoles, y hubiérale destruido completamente si no hubiera acudido á toda prisa Suleiman, el cual restableció el orden y quedó desde esta época reinando en Zaragoza, reemplazando así á la dinastía de los Tadjibi la de los Beni-Hud.

ralmente á Dozy que le rectifica, según al principio apuntamos. «Reina, dice Saint-Hilaire (tom. III. pág. 273, nota), en la sucesión de los emires de Zaragoza una confusión enmarañada.... Conde, Rodrigo de Toledo y Casiri se contradicen á cual mas sobre este punto.» Sobre los emires de Almería, punto no menos intrincado, dice Lafuente Alcántara (Hist. de Granada, tom. II. p. 204 nota 2): «La historia de esta dinastía debe ocupar á los ingenios valencianos y aragoneses.» Es lo que se ha propuesto esclarecer Dozy en el

tom. I. de sus investigaciones. Tócanos, pues, ser el primer español que, guiado por este sábio orientalista, aclare los oscuros sucesos de aquellos países en el período que nos ocupa.

(1) La familia de los Tadjibitas ó de los Beni-Hixem habia reemplazado en Zaragoza á los Beni-Lope, de quienes en nuestra historia hemos hablado. Habia sido su jefe Abderrahman el Tadjibi. El primer Tadjibita que vino á España fué Almirah, según Ibn Alabar.

Otro de los mas poderosos, y acaso el mas bello de todos los principados que se fundaron sobre las ruinas del imperio fué el de Almería. Despues de la muerte de Zobair el sucesor de Hairan, cuyos hechos hemos tambien referido, quiso apoderarse de Almería Abdelaziz el de Valencia, nieto de Almanzor, pero estorbóselo Mogueiz el de Denia acometiendo á Valencia mientras aquel se hallaba en Almería. Con objeto de hacer la paz con Mogueiz, salió Abdelaziz de esta ciudad dejando por gobernador de ella á su cuñado Abul Ahwaz Man (1040). Declaróse Man independiente, reconocieronle la mayor parte de las ciudades de aquel reino, que abrazaba territorios de Murcia, de Granada y de Jaen. Poco tiempo reinó Man, pues murió en 1044, y le sucedió su hijo Mohammed, de edad de catorce años, durante cuya minoría gobernó el estado su tio Abu Otbah el Zomadih. Sublevóse contra el nuevo príncipe el gobernador de Lorca, y aunque acudió contra él el regente, no le fué posible reducirle á la obediencia. El regente murió á los tres años, y Mohammed comenzó de diez y siete á regir por sí mismo el reino (1044), y á ejemplo de Abed el de Sevilla que habia tomado el nombre de Al Motadhi, este tomó el de Al Motacim con que es conocido en la historia.

La corta edad de este príncipe tentó á sus vecinos á hacerse señores de las plazas situadas á alguna distancia de la capital, y como en realidad Al Motacim

no se distinguiera por lo belicoso, lograronlo aquellos sin dificultad grande hasta reducirle al recinto de la ciudad y de la comarca que la circunda, y aun asi no carecia de importancia, porque la sola ciudad equivalia á un reino. Todos los escritores árabes ponderan su grandeza en aquella época. Contábanse en ella, dicen, cuatro mil telares de las mas preciosas telas, habia multitud de fábricas de utensilios de hierro, de cobre y de cristal, era el puerto mas concurrido de España, buques de Siria, de Egipto, de Génova y Pisa se surtian en él de todo género de mercancías, y contenia cerca de mil hospederías y casas de baños.

Mas si Al Motacim no era ni gran capitán ni profundo político (dice el autor de quien tomamos estas noticias); si el historiador no puede consagrarle páginas brillantes, la justicia obliga á poner en su cabeza la bella corona debida á un príncipe que merecia ser llamado el bienhechor de sus súbditos. No envidiaba á los que poseian mas vastos dominios que los suyos; contentábase con lo que tenia: enemigo de verter sangre, cuando la necesidad le forzaba á rechazar los ataques de sus ambiciosos vecinos, hacia la guerra contra su voluntad: honraba la religion y los sacerdotes, y ciertos dias de la semana reunia en una sala de su palacio los faqués y cortesanos, los cuales conferenciaban alli y discutian sobre los comentarios del Coran y sobre las tradiciones relativas al Profeta. Era justo, bondadoso, y se complacia en perdonar

las injurias (1). Ciertamente, prosigue este autor, si un príncipe tan noble, tan generoso, tan justo, tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y en un país mas estenso, su nombre hubiera sido inscrito entre los de los reyes que no deben su gloria á los arroyos de sangre vertida por ensanchar algunas leguas los límites de su reino, sino á los beneficios que han derramado sobre sus súbditos y á su amor por la justicia. El carácter de Al Motacim era bien diferente del de los demas príncipes que gobernaban entonces la España, y su proteccion á las letras atrajo á Almería un considerable número de los mas distinguidos ingenios de la época. Consagrado á hacer la felicidad pacífica de sus gobernados, ningun acontecimiento político de importancia caracterizó su largo reinado, que duró hasta junio de 1091.

(1) Cuéntase de él la siguiente curiosa anécdota. Despues de haber colmado de favores al famoso poeta de Badajoz Abul Walid al-Nihli, este desde Sevilla comatió la ingratitud de insertar en un ditrambo compuesto en honor de aquel rey, el siguiente verso: *Ebn Abed ha destruido los berberiscos; Ebn Man* (que era el de Almería), *ha esterminado los pollos de las aldeas.* Pasado algun tiempo volvió el poeta á Almería, olvidado ya de la amarga sátira que habia escrito contra Al Motacim. Convidóte este príncipe un dia á comer y no le presentó otra cosa que pollos de distintas maneras aderezados. «Pero, señor, exclamó admirado el poeta, ¿no hay en Almería otros manjares que pollos?—Otros

tenemos, respondió Al Motacim, pero he querido haceros ver que os engañásteis cuando dijisteis que Ebn Man habia esterminado los pollos de las aldeas.» Quiso el poeta, abochornado, disculparse, pero el príncipe: «Tranquilizaos, le dijo; un hombre de vuestra profesion no gana su vida sino obrando como vos: el solo que merece mi cólera es el que os oyó recitar este verso, y sufrió que ultrajáseis á un igual suyo.» Para mas tranquilizarle le hizo el príncipe nuevas dádivas, pero el poeta que no conocia bien toda la bondad de su carácter, no se atrevió á permanecer en Almería, y dirigió á Al Motacim otros versos llenos de arrepentimiento: el príncipe prosiguió dispensándole mercedes.

Habiendo muerto en 1061 Abdelaziz el de Valencia, sucedióle su hijo Abdelmelik Almudhaffar bajo la tutela de su pariente Al Mamun el de Toledo, que habia sucedido á Ismail Dilmûm, el cual nombró su representante en Valencia á Abu Abdallah Ebn Abdelaziz, perteneciente á una familia plebeya de Córdoba y cuyo hijo habia deseado sentarse en el trono de Valencia. Cuando en 1064 fué esta ciudad sitiada y atacada por Fernando de Castilla, segun en su lugar diremos, Abdelmelik pudo salvarse por la fuga. Al Mamun el de Toledo dejó apresuradamente su capital y pasó á Cuenca para estar mas cerca de Abdelmelik. Pero fuese que no quisiera fiar la defensa de aquella ciudad á un príncipe tan débil como Abdelmelik contra un monarca tan valeroso y diestro como el cristiano, ó fuese solo ambicion, Al Mamun despojó á su deudo del trono y le tomó para sí (1065). Alzado el sitio de Valencia por los cristianos, volvióse Al Mamun á Toledo dejando encomendado el gobierno de aquella ciudad á Abu Bekr hijo de Ebn Abdelaziz que habia muerto. Este Abu Bekr se proclamó mas adelante soberano independiente de Valencia, y era el que poseia aquel reino cuando Alfonso VI. se puso sobre aquella ciudad (1).

A Mohammed ben Afthas el de Badajoz, llamado Almudhaffar, sucedió en 1068 su hijo Yahia, nom-

(1) Esta es la relacion que hace p. 808 y sig.) enteramente diversa Dozy en sus Investigaciones (t. I. de la de Conde (part. III. c. 5.)

brado Almanzor como su abuelo; que este honroso sobrenombre se hizo comun entre los emires ó reyes de estos pequeños estados, y aplicábasele con frecuencia desde que le llevó con tanta gloria el gran ministro y regente del califa Hixem. Mas como hubiese quedado de gobernador de Evora su hermano Omar Al Motawakil, estallaron pronto desavenencias entre los dos hermanos, de que nos tocará hablar en la historia de la España cristiana, viniendo por último á reinar en Badajoz Al Motawakil, el postrero de la dinastía Afthasida (1084).

Continuaba Al Motadhi el de Sevilla engrandeciendo sus estados á costa de los de Málaga y Granada y de los señores de otras pequeñas comarcas vecinas. Ayudábale en sus expediciones de conquista su hijo Mohammed, aquel sobre quien habia recaído el horóscopo fatal, y como ya entonces comenzára á sonar la fama de los Almoravides de Africa, no dudaba Al Motadhi que aquellas gentes serian las que habian de eclipsar la estrella de su dinastía segun el pronóstico de los astrólogos, lo cual no dejaba de llenar su corazon de amargura y zozobra en medio de sus triunfos. Nuevas revoluciones estallaron en Málaga, y el viejo rey Edris ben Yahia fué fácilmente despojado por su sobrino Mohammed ben Alcasim el de Algeciras, que continuó la guerra contra los Beni-Abed de Sevilla. Murió Habus el de Granada, y su hijo Badis ben Habus, enérgico, noble y brioso como

su padre, guerreó tambien valerosamente contra el sevillano, y supo mantener la integridad de su territorio. Llególe tambien su hora al terrible y ambicioso Abed-Al Motadhi de Sevilla (1069). Aquel hombre codicioso, falso, disipado y cruel, que por tan pérfidos medios se habia apoderado de Córdoba, tenia el sentimiento de la familia, y le mató la pesadumbre de haber perdido á su hija querida Tairah, jóven de maravillosa y singular hermosura. Empeñóse en que el cortejo fúnebre habia de pasar por delante de su palacio, y aunque la fiebre le tenia postrado en cama, no pudo contenerse y se levantó y asomó á una ventana para presenciar la ceremonia funeral: causóle el espectáculo sensacion tan viva y profunda que hubo que retirarle casi exánime, y á los dos dias siguió á su hija á la tumba.

Sucedióle su hijo Abul Casim, el del horóscopo fatídico, que entre otros títulos tomó el de Al Motamid Billah, (el fortalecido ante Dios). Valeroso, magnífico y liberal, dulce y humano en la victoria, literato y protector de los hombres de letras, en lo cual rivalizaba con Al Motacim el de Almería, pero ambicioso tambien, político y astuto, supo el nuevo monarca ganarse el afecto de sus súbditos, y restituyó á sus hogares á todos los que la crueldad de su padre tenia desterrados. Criticábanle, no obstante, como á aquel, porque tambien bebia vino y lo permitia beber á sus tropas para animarlas á los combates, y ademas

gustaba de la sociedad de los judíos y de los cristianos. Veremos mas adelante las relaciones que con estos últimos sostuvo, y la intervencion que en ellas le tocó ejercer á su hija Zaida. Háiale recomendado su padre en el lecho de muerte que se guardára mucho de los Lamtunas ó Almorabitanos, (los que despues conoceremos hajo el nombre de Almoravides), y que cuidára de asegurar y bien y guardar las llaves de España, Gibraltar y Algeciras, y sobre todo que trabajára por reunir y concentrar en una sola mano el fraccionado imperio de España, que le pertenecía como señor de la imperial Córdoba ⁽¹⁾.

Tal era en general la situacion de los pequeños estados musulmanes formados sobre los escombros del desmoronado imperio de los Omniadas. Importábanos conocer las principales divisiones en que quedó partida la España musulmana, las familias y dinastías que en cada region prevalecieron, las escisiones y guerras que tuvieron entre sí, y el poder de cada uno de aquellos príncipes, no solo por lo que respecta á la historia musulmico-española, sino para comprender lo mejor posible la de la España cristiana en este oscuro y complicadísimo período.

(1) Conde, part. III. c. 5.

CAPITULO XXII.

FERNANDO I. DE CASTILLA Y DE LEON.

De 1037 á 1065.

Cómo se captó Fernando el afecto de los leoneses.—En qué empleó los primeros años de su reinado.—Medidas de gobierno interior.—Concilio de Coyanza en 1050.—Sus principales cánones.—Confirmacion de los fueros de Castilla y Leon.—Guerra con su hermano Garcia de Navarra.—Batalla de Atapuerca, en que muere Garcia.—Noble conducta de Fernando antes y despues de esta guerra.—Primeras campañas de Fernando contra los sarracenos.—Conquistas de Viseo, Lamego y Coimbra.—Sus campañas en el centro de la Península.—Sitio de Alcalá de Henares.—Humilde súplica del rey musulman de Toledo.—Campaña contra el rey mahometano de Sevilla.—Humillacion de Ebn Abed.—Historia de la traslacion del cuerpo de San Isidoro de Sevilla á Leon.—Testamento de Fernando.—Distribucion de reinos.—Campaña y sitio de Valencia.—Sorpresa de Paterna.—Enfermedad de Fernando.—Se retira á Leon.—Religiosa y ejemplar muerte de este gran monarca.

Dejamos en el capítulo XX. á Fernando, primero de este nombre, hijo de Sancho el Grande de Navarra, posesionado de las dos coronas de Castilla y de Leon, heredada esta última por su esposa la princesa doña Sancha, por haberse extinguido en Bermudo III. su hermano, la línea masculina de Alfonso el Católico, y adquirida la primera por extincion tambien de la línea varonil de los condes de